

[Otra edición en: *Revista de Arqueología* 25, mayo 1983, 30-36, allí con ilustraciones. Versión digital por cortesía del autor, como parte de su *Obra Completa* y bajo su supervisión].

© José María Blázquez Martínez

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Los nabateos

José María Blázquez Martínez

En la Semana Santa de 1983 un grupo de cincuenta profesores y alumnos de la Universidad Complutense de Madrid y de otras universidades españolas, Zaragoza, Granada y Salamanca, fuimos invitados por la Universidad de Ryadh, que celebraba el 25 aniversario de su fundación, a visitar los principales yacimientos arqueológicos de gran parte de este inmenso y fabuloso país. En el departamento de Arqueología de la Universidad de Ryadh pudimos visitar el museo, formado con los objetos procedentes de Quaryat al-Fau, que es un poblado pre-islámico, excavado recientemente por el profesor doctor Al-Ansari, con un material abundante de procedencia griega y romana, que demuestra que lugares tan interiores de la gran península arábiga recibieron el impacto de la cultura grecorromana, durante los tres primeros siglos de la Era, que crecía fuerte en compañía de la indígena. Conocimos igualmente Dariyyah, la antigua capital destruida por los egipcios a instigación del Imperio Otomano, en 1819, con soberbias construcciones de adobe, como la de Qasr-al-Fasasma; los grafitos lihyanitas y animales grabados en las rocas del Wadi Ekmeb, fechadas en el siglo IV a. C., en las proximidades de al-Ula, etc. El yacimiento arqueológico que más impresionó a los visitantes fueron las tumbas nabateas, excavadas en la roca, de la región de Hagra. La mayoría de los profesores y alumnos había conocido hace dos años Petra, cuyas ruinas, junto con las de Gerasa, y Borsa en Jordania; Palmira, en Siria; Baalbeck, en el Líbano, y Hatra en Iraq, son las que más llaman la atención al viajero, que recorre el Próximo Oriente.

El reino nabateo en las fuentes judías

Los nabateos vienen citados en la Biblia varias veces. El libro primero de los Macabeos (5.25), con ocasión de narrar el escritor sagrado sucesos acaecidos a comienzos de la guerra, dice así; «*Judas Macabeo y su hermano Jonatan atravesaron el Jordán y caminaron tres días por el desierto. Se encontraron con los nabateos, que les acogieron amistosamente e informaron de lo que ocurría a sus hermanos en la región de Galaad.*» Los nabateos era un pueblo de origen arameo, pero fuertemente arabizado, que en la región de Transjordania sucedió a los reinos de Edom y de Moab, citados en otros libros del Antiguo Testamento. En el libro segundo de los Macabeos (5.8) se narra que el sumo sacerdote impío de Jerusalem, Jasón, que intentaba introducir en Jerusalem las costumbres helenicistas, huyó al país de Ammán, y fue acusado ante Aretas, rey de los nabateos. Esto sucedió el año 168 a. C. Un estado nabateo de constitución monárquica estaba ya creado, pues, en estas fechas. Los nabateos aparecen en otros pasajes de este libro sagrado (9.35) como aliados de los Macabeos. «*Jonatan envió a su hermano Juan, encargado de llevar los bagajes, a pedir a sus amigos los nabateos, autorización para dejar con ellos su impedimenta, que era mucha.*»

El historiador judío Josefo (*Ant.* XIII 358-363), que presencié la destrucción de Jerusalem por los ejércitos romanos mandados por Vespasiano y por su hijo Tito, recoge algunos otros datos importantes sobre la historia de los nabateos, como son, que Alejan-

dro Janeo, en el año 96 antes de Cristo, se apoderó de la importante ciudad comercial nabatea de Gaza, cuyos habitantes pidieron socorro al rey de los nabateos, Aretas II; pero no pudo el rey nabateo impedir que la ciudad cayera en poder del rey judío. Esta derrota se vio compensada poco después, al frenar los nabateos la penetración de los judíos en el Negev, siendo vencidos por el rey nabateo Obodas I en la batalla de Carada. El monarca nabateo recuperó en el año 90 a. C. las regiones de Gaalad, Genlan y Onav. El mismo monarca nabateo salió también victorioso en su lucha contra el monarca seleúcida, Antioco XII Dyonisos, que dirigió en el año 86 a. C. un ejército contra Petra, la capital del reino nabateo, situada al sur de la actual Jordania. El rey seleúcida murió de una caída de caballo, en un lugar llamado Motho (Jos. *Ant.* XIII 375-391). Esta victoria animó a los habitantes de Damasco a sacudirse el yugo de los seleúcidas y proclamaron al rey nabateo Aretas III sucesor de Obodas I. Con ello, se extendió el reino nabateo hasta las proximidades de Damasco. Esta victoria convirtió al reino nabateo en la principal potencia mercantil y política del Próximo Oriente. Con ocasión del triunfo, Aretas III acuñó monedas en Damasco a su nombre en el año 84 a. C., con la leyenda en griego de *Aretas Philhelenos*, lo que indica la profunda helenización de los nabateos por estas fechas, bien patente en otros hechos, como la deificación del rey Obodas, a imitación de los monarcas helenísticos.

Las guerras con los judíos continuaron en años sucesivos con distinta fortuna. Así en el año 82 a. C., el rey judío Alejandro Janeo, se apoderó de 12 ciudades de Moab, ciudades que con Gaza fueron después incorporadas al reino nabateo, aprovechando las luchas internas que en el año 67 a. C. estallaron en el reino judío de los hasmoneos, entre Hircano II y Aristóbulo II, por alcanzar el trono.

El citado historiador judío, Josefo, en sus *Antigüedades judías* (XIX 14-33, 80) narra los primeros encuentros de los nababos con los romanos, que tuvieron lugar con ocasión de la terminación de la tercera guerra mitridática, y de la campaña, que en el 64 a. C., contra los piratas cilicios, llevó a cabo con rapidez y éxito Pompeyo. Su general, gobernador de Siria, *Scaurus*, obligó a Aretas III y a Hircano a levantar el cerco, que de común acuerdo habían puesto a Jerusalem, siendo después derrotados por Aristóbulo en el valle del Jordán. Aretas III alcanzó la paz de los romanos mediante el pago de 300 talentos. El historiador griego de origen alejandrino, Apiano, que vivió a mediados del siglo II, en su libro denominado Siria (51) recuerda varias incursiones de los nabateos en Siria, que aparecen en la obra de Josefo (*Ant.* XIV 28), como aliados de César en su cerco de Alejandría, y después de Octaviano contra Marco Antonio y Cleopatra.

Los autores clásicos y los nabateos

En las fuentes clásicas es posible espiar algunas otras menciones sobre este pueblo, dedicados fundamentalmente al comercio de objetos de lujo. La cita que alude a sucesos más antiguos es del historiador siciliano Diodoro, contemporáneo del emperador Augusto. Con esta mención, que describe sucesos del año 312 a. C., entran los nabateos en el Mundo Clásico. Cuenta el historiador que el rey Antígono Monophthalmos, en dos diferentes ocasiones, intentó conquistar «*el país de los árabes llamados nabateos*», sin conseguirlo. Su hijo, el famoso Demetrio Poliorcetes, excelente militar especializado en el asalto a las ciudades, intentó apoderarse de la ciudad de Gaza, que era el gran puerto de comercio por donde los nabateos exportaban sus mercancías a los reinos de los Diádocos. La ciudad recibió socorro de Ptolomeo I, y Demetrio fue vencido.

El citado Diodoro da algunos datos preciosos sobre el comercio de los nabateos, como que explotaban el asfalto necesario para embalsamar los cadáveres y que se lo vendían a los egipcios. En el mismo autor aparecen los nabateos como dueños de gran-

des rebaños, de ovejas y de cabras, que pastoreaban al norte del Mar Rojo, en la región de Midian, al mismo tiempo que robaban los barcos egipcios, que navegaban por este mar. Los nabateos monopolizaban también el comercio de bálsamo de Hadramaut, en el sur de Arabia, del arrayán, del incienso, de las especias procedentes de la India y de toda clase de productos exóticos, con cuya venta obtenían fabulosas ganancias, como lo indica el lujo de sus tumbas.

El geógrafo griego, contemporáneo de Diodoro, Estrabón, en su *Geografía* (XVI, 4, 230) recoge algunos datos valiosos sobre la historia de la región de los nabateos, que se ha visitado recientemente, con ocasión de narrar la expedición del año 25 a. C. de los romanos apoyados por los nabateos y, más concretamente, por el ministro de Obadas III, de nombre *Sylheus*, con la finalidad de conquistar el sur de Arabia. El ministro nabateo tenía posesiones en Hagra, que es precisamente la región que se ha visitado en el corazón de Arabia. Esta región, situada a más de 600 kilómetros de Petra, estaba habitada por los nabateos, como lo indican las inscripciones de sus tumbas. La expedición romana terminó con un fracaso, pero tuvo una importancia excepcional para el comercio caravanero de Hagra, pues, según indica Estrabón, se abrió con esta expedición una nueva ruta más rápida hacia el Mediterráneo; desde Hagra se viajaba ahora en línea recta a Leuke Kome, localidad situada en la costa del Mar Rojo; se pasaba a Leukos Limen y a Myos Hormos, ciudades situadas en la orilla egipcia opuesta. Desde este último puerto las mercancías eran transportadas a Tebas y a Koptos, para descender río abajo hasta Alejandría, desde donde eran repartidas por todo el Mediterráneo. Esta nueva ruta orillaba a Petra y a Gaza, con lo que ambas ciudades poco a poco perdieron su importancia como centros de distribución de productos exóticos en el Imperio Romano. La antigua ruta caravanera iba de Hagra a Petra y desde aquí se dirigió a Gaza o a Damasco para acabar en Tiro.

Los nabateos bajo el gobierno romano

El cénit del reino nabateo se sitúa en los primeros 40 años que siguieron al cambio de Era, bajo el reinado de Aretas IV, que gobernó su pueblo desde el año 9 a. C. hasta el 40 (Jos. *Ant.* XVII, 109-125). Su reino se extiende desde Hagra hasta Damasco. Mantuvo este monarca excelentes relaciones con sus vecinos judíos, como lo indica el matrimonio de su hija, celebrado hacia el año 20, con Herodes Antipas, rey de Galilea y de Perea, pero pronto la repudió el monarca hebreo, para casarse con Herodias, la esposa de su hermano. La denuncia de este matrimonio escandaloso costó la vida a Juan Bautista, que fue decapitado en la fortaleza de Maqueronte. Durante su reinado, comerciantes nabateos tenían sucursales de sus productos exóticos en Puteoli, el gran puerto, que, junto, con Ostia, abastecía a Roma de mercancías. En este puerto se levantó un templo nabateo.

Estrabón (XVI, 2.26) ha dejado una descripción de Petra y de sus habitantes, que remonta a su amigo el filósofo Athenodoro, que residió en la ciudad. Dice así:

«Los nabateos son gente moderada y tan laboriosa que castigan públicamente a los que disminuyen sus bienes y honran a los que los aumentan. Se los emplea para intercambios pocos esclavos entre ellos. A veces ellos mismos se sirven y esta costumbre la tiene incluso el mismo rey. Forman grupos de 13 hombres y de dos músicos. El rey tiene en su palacio muchos grupos de éstos. Ninguno bebe más que 11 copas de una vez y termina con una copa grande de oro. El rey es de tendencia democrática y, en vez de ser servido, él sirve a otros. Muchas veces presenta en público sus cuentas al pueblo, y otras veces incluso las acciones de su vida privada. Sus casas están generalmente hechas de piedra y sus ciudades no tienen murallas, pues son pacíficos. Abundan los frutos naturales, salvo la aceituna. Usan sésamo. Sus ovejas tienen pelo blanco; sus bueyes son grandes; su tierra no cría caballos, en lugar de ellos hay camellos. Los

mismos reyes salen a la calle sin túnica, sólo llevan cinturones, zapatillas, vestidos pintados con púrpura...

Creen que los cuerpos muertos son como estiércol. Como afirma Heráclito: los cadáveres hay que arrojarlos como abono amontonado. Por esta razón, entierran incluso sus reyes al lado de sus retretes. Veneran al sol; ponen un altar en su casa, hacen libaciones todos los días y usan francincense...

La capital de los nabateos se llama Petra, porque se extiende por una planicie, pero alrededor está rodeada de rocas; fuera de ella hay arroyos y dentro de la ciudad hay fuentes abundantes de agua corriente y para los jardines...»

Con el sucesor, su hijo Melicus II, empezó la decadencia del reino nabateo, que se consumaría cuando en el año 106 Trajano formó con gran parte del antiguo reino nabateo la provincia romana de Arabia Pétreá, poniendo la capital en Bostra. Adriano visitó en el año 131 Petra y le concedió el título de metrópoli, con el que aparece citada en las leyendas monetales. Ambas ciudades nabateas recibieron el año 221 el título de colonias romanas por el emperador de origen sirio Heliogábalo.

Las tumbas de Hagra

La ciudad que visitamos, Hagra, la actual *Madain Saleh*, ha sido frecuentemente recordada, como se ha indicado, por los escritores griegos y romanos. Fue identificada por los historiadores árabes Al-Balathuri, Al-Tabary, y Al-Quasvini, como la capital de la región de Midiam, que comprendía la amplia región que hoy día es toda la parte noroeste de Arabia. Los geógrafos árabes, Al-Idrisi, Al-Istakhari y Al-Mogaddisi aluden a ella como a la patria de los Thamúdicos, habitada después por los libyanitas y por los nabateos. Estos últimos son el pueblo que excavó las tumbas en la roca, a imitación de Petra, cuyos monumentos funerarios son del mismo tipo, aunque no gemelos, de los de Madain Saleh. Este parentesco, además de las inscripciones, demuestra que desde Hagra hasta Petra se asentaba un mismo pueblo. Aunque se discute la fecha, se admite generalmente que estas tumbas pertenecen al siglo I, y coinciden en parte con el mayor momento de esplendor de Petra.

El paisaje es maravilloso. En pleno desierto de Arabia se levantan unos gigantescos conos y montículos de color amarillento, que son formaciones terciarias, acumuladas por sedimentación en los fondos marinos, llenos de oquedades, que muchas veces dan a la roca un aspecto de panal de miel, o de superficies recubiertas de estalactitas. Los conos y montículos forman complicadas figuras y combinaciones geométricas. Apenas crece un arbusto en la región. Las tumbas están talladas en la roca, carecen de puertas, y generalmente tienen en el interior una sola pero amplia cámara funeraria.

Los nabateos, al igual que los habitantes de Palmira, inhumaban a sus muertos, como lo indican los nichos alargados para contener el cadáver, unos encima de otros, o las fosas del suelo. Muchas de estas últimas se encuentran hoy día sin tapadera y sin violar, llenas de arena, con el cadáver y las ofrendas funerarias en el interior. Con cierta frecuencia se recogen monedas en las tumbas.

A diferencia de Palmira, donde las tumbas están frecuentemente pintadas, como en el hipogeo, llamado de los *Tres Hermanos*, en el que la bóveda está decorada con motivos geométricos tomados de los mosaicos, los pilastres con medallones, con retratos en el interior, levantados por nikes o con damas de pie que sostienen niños en brazos, y un gran cuadro central con una composición, que gozó de gran aceptación en el Bajo Imperio, cual es la de Aquiles en Esciros, a otras tumbas, cuyos nichos están tapados por los retratos de los difuntos, presididas por grupos escultóricos con la familia de los muertos recostados sobre klines. En las tumbas de Madain Saleh, las paredes nunca estuvieron

cubiertas con pinturas, ni con esculturas, ni con mobiliario esculpido en la roca. Son totalmente lisas. La roca se dejaba trabajar fácilmente. Las habitaciones y las fachadas están talladas con una perfección exquisita.

Algunas tumbas se encuentran aisladas; otras están colocadas unas a continuación de otras, como en Qasr-al-Bint, formando un conjunto de 23 tumbas y en Hreba de 13; ambas localidades son parajes de Madain Saleh. El tamaño varía mucho de unas tumbas a otras. La mayoría son monumentales. También las hay de pequeñas proporciones como en Ibremat, buen indicio de que las familias nabateas que se enterraban en estos hipogeos se diferenciaban enormemente entre ellas por su riqueza y posición social.

No siempre la fachada excavada en la roca se encuentra al aire libre; a veces se talló en el corredor estrecho, formado entre dos gigantescos macizos rocosos, como la gran habitación, denominada Majlisas-Sultan, cuyas medidas son 40 x 25 pies y que se interpreta como un santuario, ya que las tumbas alternan con nichos con betilos en el interior. El estrecho y serpenteante corredor –encontramos varios nichos con betilos el día que nos dedicamos a recorrer este espléndido yacimiento– recuerda muy de cerca al siy de Petra, por donde penetra el visitante en la ciudad de los muertos, y que desemboca enfrente del Khasneh o Tesoro. En este barranco de Petra las paredes están adornadas con gran cantidad de nichos con un betilo, imagen de Dushara, el dios principal de los nabateos, flanqueado con cierta frecuencia por otras deidades nabateas, como Manatu y Allat, a las que se aludirá más adelante.

Las fachadas son casi uniformes en Madain Saleh. Ello las diferencia de Petra, donde alguna, como la citada de Khasneh, lleva tres templetos sobre el frontón, con esculturas sostenidas por seis columnas corintias, o el Deir de Petra, que es de fachada aún más complicada. Tampoco posee Madain Saleh complejos monumentales, como el que se halla enfrente del teatro de Petra, las llamadas tumbas reales.

Tienen todos los elementos típicos de la arquitectura griega con algunos otros aditamentos orientales, como los dos escalonados contrapuestos de origen asido o las pirámides escalonadas. Este hecho es un testimonio claro de la profunda helenización de los nabateos. Hay algunos otros elementos de origen griego en Qasr-al-Bint, como los jarrones monumentales, que coronan los frontones de las tumbas, unas veces triangulares y otras arqueados, y que se han interpretado como urnas funerarias, lo que indicaría que los nabateos unas veces enterraban y otras quemaban a sus muertos. En la parte superior del frontón, a veces dentro de él, está esculpida el águila nabatea, con las alas desplegadas. Urnas y águilas se encuentran igualmente en las tumbas de Petra, como en las de *Sextus Florentinus*, en la citada de Deir, etc.

Otros relieves, que aparecen esculpidos más rara vez, son máscaras entre serpientes, de claro significado funerario, dentro del frontón, y sobre un friso en el arquitrabe decorado con triglifos y metopas, como en tumbas de Qasr-al-Bint. En esta misma localidad, con cierta frecuencia, a juzgar por los huecos vacíos, encima del águila, se colocaba una *tabula ansata*, en escritura nabatea, donde se colocaba el nombre y los años del difunto. A veces se representaba en las esquinas del frontón una esfinge, un indicio claro de la aceptación por este pueblo de la simbología griega, relacionada con las ideas funerarias.

Imágenes de los dioses: Dushara, Manatu y Allat

Entre las tumbas se esculpieron con cierta frecuencia nichos con tres o con un sólo betilo, que, según se indicó, representan muy probablemente a la triada de dioses nabateos: Dushara, Manatu y Allat. El primero es en Petra el dios nacional, una encarnación del dios semítico de la fertilidad. A él está dedicado un gran número de inscripciones

funerarias, que indican claramente el carácter de ultratumba que tuvieron los dioses de la fertilidad en todas las religiones, Allat es una diosa panarábiga que, en compañía de Allah, forman el núcleo del panteón nabateo. Es típico de los árabes pre-islámicos la existencia de esta triada divina; así, en la Meca, en tiempos de la predicación de Mahoma, se veneraban Allat, Al-Manat y Al Uzza; encima de ellas se encontraba Allah, dios panarábiga, que Mahoma identificó con el único dios. En Petra se halla esta triada o alguno de sus componentes, con mucha frecuencia representada, ya con un betilo, como en el citado Siq en el interior de un frontón, o con grupos de tres, como en la entrada al Siq, en la llamada roca Rekenn. Otras veces se tallaron en la roca obeliscos, como los cuatro que coronan la tumba de Bab el Siq.

Tumbas mineas de Al-Ula

Los mineos, junto con los sabeos, formaron en el primer milenio a. C. unos reinos, el de Qataban y el de Hadramut, en la Arabia meridional. No lejos de Madain Saleh, unos 20 kilómetros al sur y al norte de Medina, está asentado, a lo largo del Wadi Ula, Al-Ula, ciudad que desempeñó un papel importante en la historia de toda esta parte noroccidental de Arabia. La ciudad de Al-Ula, no lejos de la capital del reino de Dedan, fue habitada sucesivamente por los lihyanitas, por los tamuditas y probablemente también por los nabateos. Una montaña cortada a pico está llena de cámaras rectangulares en el interior, sin ninguna decoración exterior en la fachada salvo dos leones que, colocados en el interior de nichos, coronan una tumba fechada en la mitad del primer milenio a. C. Los leones son de una gran originalidad en el modelado, gran fuerza de expresión aunque trabajados de un modo impresionista. Dentro de las representaciones de estos animales en el arte del Próximo Oriente forman una pareja única por la calidad de su arte. El león con carácter funerario está bien documentado en el Oriente, desde finales del segundo milenio a. C. Baste recordar los seis leones, cuatro sosteniendo el mueble y dos sobre la tapa, del sarcófago de Ahirarn de Biblos. En Petra también hay una tumba cuyo ingreso está escoltado por una pareja de leones. Toda la fachada de esta roca está cubierta de tumbas, agrupadas formando conjuntos de diferentes unidades.

A cuatro kilómetros al norte de la ciudad de Al-Ula, se encuentra el Wadi Ekmech, que es una gigantesca torrentera, encajonada entre dos abruptas montañas, que impresionan al visitante por las tonalidades amarillentas y granates de sus laderas. El paisaje es desértico. Tan sólo crecen algunos matorrales espinosos, que contrastan vivamente con el oasis plagado de palmeras, de naranjos, y de fuentes con rápidos torrentes. En las proximidades pastan los rebaños de cabras, de ovejas y de camellos.

Las laderas del Wadi Ekrnech están llenas de inscripciones y de grafitos, fechados en el siglo IV a. C., que han sido estudiados en 1968 por una expedición científica de la Universidad de Londres. Las inscripciones y grafitos pertenecen a diferentes poblaciones que han ocupado la región; mineos, lityanitas, thamúdicos y nabateos. La mayoría están relacionados con las gentes enterradas en las próximas tumbas. La superficie de las rocas en su parte inferior está materialmente cubierta por las inscripciones, pero también por gran número de figuras, ya aisladas, ya formando grupos. Algunas de estas figuras se repiten mucho; otras aparecen una sola vez. Así, están representados hombres, que parecen monigotes infantiles, con los brazos extendidos en forma de cruz y las palmas de las manos abiertas.

Otros varones están sumamente estilizados, y levantan en alto sus manos. No faltan figuras femeninas, reconocibles por la indicación de los senos. Hay también grupos de camellos marchando uno detrás de otro, o aislados, y de ganado vacuno de grandes cuernos en forma de lira; estos últimos, de todos los tamaños. No podía faltar un animal

tan importante en la economía de los pueblos que viven en el desierto, como las cabras, que marchan en grupos, o sea, formando rebaños igualmente están presentes animales salvajes, como del tipo de gacelas, fácilmente identificables por sus largos y arqueados cuernos, a no ser que haya que interpretarlos como cabras también. Llama mucho la atención el hecho de que junto a representaciones del mundo animal o humano, están presentes alusiones a las ciudades. Hay figuras que son puertas de ingreso en la ciudad, probablemente torreadas y de forma rectangular, que serían de barro; algunas otras son rectangulares. También se representaron unos enrejados que deben ser corrales de ganado colocados en el campo y jinetes al galope.

Este arte recuerda muy de cerca al arte esquemático hispano, que cronológicamente es más antiguo, por el esquematismo de las figuras humanas con idénticas actitudes, y por los grupos de cabras parecidas a las de los abrigos de Casas Viejas y de la laguna de la Janda, ambas localidades de Cádiz.

No están descubiertos todavía los poblados de los habitantes de estas tumbas. En cambio, se ha conservado en buen estado, salvo la pérdida de la cabeza, una escultura de un santuario lihyanita, en Al-khuraibah, junto a Al-Ula. Está modelada en una piedra arenisca rojiza típica de la región. Representa a un varón de pie, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo y las manos cerradas en una actitud que recuerda mucho a las estatuas de los jóvenes del arcaísmo griego. Un doble cinturón con lazo ciñe la cintura. No hay indicaciones anatómicas sobre el pecho. Cubría la cabeza una peluca egipcia, de la que se conserva la parte posterior.

En las proximidades del oasis, y probablemente perteneciente al citado santuario, se encuentra un tanque circular de agua, probablemente usado para purificaciones rituales, a las que fueron tan aficionados los semitas.

Esta figura y algún torso aislado, que se conservan, son el equivalente en la región noroccidental de Arabia de las esculturas de tumbas encontradas en el Yemen, que representan a un personaje sentado, toscamente trabajado. No se han descubierto hasta hoy en las necrópolis visitadas estelas con la cabeza plana y triangular en relieve del difunto, con ojos, nariz y boca toscamente modelados, pero bien indicados, que se documentan entre los árabes pre-islámicos, tan próximas a algunas representaciones humanas del arte celta europeo. Otras veces estas estelas reducen la decoración a una simple indicación de los ojos, con una inscripción en la parte inferior.

Llama la atención no encontrar entre los árabes nabateos, pueblo esencialmente caravanero, entre los que el camello era el animal más importante para atravesar el desierto, relieves planos con figuras de camellos, como uno de procedencia desconocida, pero con seguridad árabe, que tiene en la parte superior una inscripción himiárica, con el banquete funerario; y, en la inferior, un jinete con lanza, que sigue a un camello; o un segundo, de origen también desconocido, con dos caminantes arriba; un camello corriendo con dos personas montadas en el centro y un caballo al galope, seguido del servidor del jinete, a pie.

En una tercera estela hallada en las proximidades de Marib, en el antiguo reino de Saba, en el sur de la Península Árabe, un varón armado de lanza, que le sirve de bastón, cabalga en camello, que marcha detrás de un servidor a pie.

Este arte nabateo de la región noroccidental de Arabia es hermano del arte de Petra, pero ofrece algunas particularidades que le dan gran originalidad dentro del arte de los pueblos árabes pre-islámicos, probablemente porque los nabateos de la región de Hagra, debido a vivir en un oasis en pleno desierto, se diferenciaban un tanto de sus hermanos de Petra. Estos nabateos supieron aprovechar magníficamente la topografía del terreno y adaptar a ella los modelos recibidos junto a otros elementos típicos de ellos.